

y sus desórdenes. ¡Pero tú! hace muchísimo que tus huesos se han convertido en polvo; sin embargo, nunca sale el sol sin alumbrar nuevos males de los que eres causa. El veneno de tus escritos no solamente no se debilita, sino que extendiéndose por otras partes, se hace peor con el rodar de los años. « Mira allí, y por un momento hizo que pudiera ver sobre el mundo, mira tus crímenes, la miseria de que eres causa. Mira á esos hijos que han llevado la vergüenza á sus familias, que han reducido á sus padres á la desesperación, ¿Por quién fueron corrompidos sus cabezas y sus corazones? ¿Por tí. ¿Quién se esforzó para separar los lazos de la sociedad, ridiculizando como locuras infantiles todas las ideas sobre la santidad del matrimonio y el derecho de la autoridad y de la ley, haciéndolas responsables de todos los infortunios humanos? Tú fuiste. ¿No dignificaste la irreligión con el nombre de ilustración? ¿No presentaste al vicio y á la pasión desde el punto de vista más encantador y atractivo? Y ahora mira, todo un país, pervertido por tu prédica, está lleno de asesinatos y de robos, de luchas y de rebeliones, y va conducido por tí á su ruina. Tú eres responsable de cada gota de sangre y de cada lágrima que ese país derrama. ¿Y ahora te atreves á lanzar al rostro de los dioses tus inicuas blasfemias? ¿Cuánto mal no tienen que producir aún en el mundo tus libros? Continúa pues, sufriendo; porque aquí será la medida de tu castigo igual á tus merecimientos. » Así habló la encolerizada furia; y cerró con estrépito la tapa de la caldera ¹. »

1. *Krifol y sus fábulas*, por W. R. S. RALSTON, doctor en filosofía.

CAPÍTULO XVI

Fin.

Cuando la obscuridad se reúna sobre todo, y caigan las últimas bamboleantes columnas, toma el pobre polvo que Tu misericordia calienta, y módelalo en formas celestiales. — O. WENDELL HOLMES ¹.

Oigo una voz que no podéis oír, que dice que no debo quedarme, veo una mano que no podéis ver, que me hace señas que me vaya. — TICKELL ².

¡Oh vida! ¡oh muerte! ¡oh mundo! ¡oh tiempo! ¡oh tumba, en quienes todo fluye! á vosotros corresponde hacer sublime nuestra suerte con vuestro gran peso de dolor

Ésta es nuestra vida, mientras disfrutamos. Declinamos en ella como el sol, que vuela más rápido que una flecha: y sin embargo, ningún hombre nota que se muere... ¿No vuelva la tierra á la tierra, y no se ha de poner nuestro sol igual al de ellos cuando llegue la noche? — ENRIQUE SMITH ³.

El joven entra en la vida con alegría y entusiasmo. Ante él está el mundo esmaltado, como una lejana perspectiva dorada por el sol. Pero el tiempo calma pronto su entusiasmo.

1. When darkness gathers over all,
And the last tottering pillars fall,
Take the poor dust Thy mercy warms,
And mould it into heavenly forms. — O. WENDELL HOLMES.
2. I hear a voice you cannot hear,
Which says I must not stay;
I see a hand you cannot see.
Which beckons me away. — TICKELL.
3. O life! O death! O world! O time!
O grave, where all things flow!
'Tis yours to make our lot sublime,
With your great weight of woe.

This is our life, while we enjoy it. We lose it like the sun, which flier swifter than an arrow; and yet no man perceives that it moves... Is not earth turned to earth; and shall not our sun set like theirs when the night comes?

HENRY SMITH.

No puede llevar consigo la frescura de la mañana á través del día, para tenerla por la noche. La juventud pasa, madura la edad, y al fin tiene que resignarse á ser viejo.

Pero el fin es el resultado de su vida pasada. Las palabras y los hechos son irrevocables. Mézclanse con su carácter, y trascienden al porvenir. El pasado siempre está presente con nosotros. « Todo pecado, dice Jeremías Taylor, sonríe al primer obsequio, y lleva resplandor en su semblante y miel en sus labios. » Cuando madura la vida, y no cesa el pecador en sus malas acciones, sólo puede mirar hacia su ancianidad con temor y desesperación.

Pero los buenos principios, por otro lado, forman una armadura que ninguna arma puede perforar. « La verdadera religión, dice Cecil, es la vida, la salud, y la educación del alma, y quien la posee verdaderamente, está fortalecido con especial estímulo para toda palabra y obra buenas. »

Empero, todos tenemos que irnos; y el lugar que nos conocía no nos conocerá más. Siempre está á mano el mensajero invisible — « el mensajero, dice Carlyle, que alcanza igualmente al trabajador y al ocioso, que detiene al hombre en medio de sus placeres ú ocupaciones, y cambia su aspecto y le despide ». « El pobre Eduardo, dijo Balzac, ha sido parado en las cavernas de la vida. Ha principiado á enviar sus carruajes y sus *jockeys* en embajada al soberano más grande del mundo sublunar, la muerte. »

Á todos les llega. Cada día cavamos nuestros sepulcros con nuestros dientes. El reloj de arena es el emblema de la vida. Mengua lentamente, hasta el último é inevitable grano, y después hay silencio: la muerte. Hasta el monarca marcha sobre las tumbas de sus antepasados para ser coronado; y es después conducido sobre ellos á su sepulcro.

Cuando Wilkie estuvo en el Escorial, viendo el célebre cuadro del Ticiano, la *Última Cena*, un anciano jerónimo, le dijo: « Heme sentado diariamente á la vista de este cuadro por espacio de treinta años. Durante ese tiempo han caído mis compañeros, uno tras otro; todos los que eran mayores que

yo, todos los que eran mis contemporáneos, y muchos, ó la mayor parte de aquellos que eran más jóvenes que yo. ¡Ha desaparecido más de una generación, y allí han permanecido inalterables los retratos en ese cuadro! Los miro hasta que á veces creo que ellos son la realidad, y que nosotros no somos más que sombras. » Y sin embargo, llegó el día en que el mismo monje anciano fué llevado.

Los ancianos tienen que hacer lugar á los jóvenes, y éstos también á otros hombres que son más jóvenes que ellos. Cuando el tiempo ha tirado bastante de nosotros, no hacemos más que vegetar; somos una carga para nosotros mismos y para los demás, y, lo que es peor que todo, sentimos un anhelo por una vida más larga aún. « Cuando miro á mi alrededor á muchos ancianos, dice Perthes, me recuerda la disputa de Federico el Grande con sus granaderos, quienes le objetaban ir á muerte segura. « Cómo, ¡grandísimos perros! ¿querriais seguir viviendo eternamente? »¹ »

Ciro el Grande, había puesto sobre su tumba estas palabras: « ¡Oh mortal! quien quiera que seas, y de donde quiera que vengas (porque sé que has de venir), yo soy Ciro, el fundador del imperio persa; no me envidies el montoncillo de tierra que cubre mi cuerpo. » Alejandro el Grande visitó el sepulcro, y le afectó mucho la inscripción, que ponía ante él la incertidumbre y las vicisitudes de las cosas del mundo. El sepulcro fué violado, y Alejandro hizo dar muerte al autor del sacrilegio.

La única cosa discreta que se recuerda de Jerjes fué la reflexión que hizo ante el espectáculo de su ejército de más de un millón de hombres sobre las armas, que ninguno de esa inmensa multitud viviría cien años. El pensamiento parecía ser un reflejo momentáneo de verdadera luz y sentimiento².

Dijo Pericles en el último momento de su vida que, mientras estaban todos en torno suyo elogiándole por cosas que

1. *Vida de Perthes*, II, 473.

2. Por la muerte de Nino, el gran monarca de Asiria, véase el *Holy Dying* de JEREMÍAS TAYLOR, capítulo I, sección II.

otros pudieron haber hecho lo mismo que él, no tenían presente la parte más grande y honrosa de su carácter, « que por culpa suya nunca había habido un solo ateniense que hubiera tenido que llorar ».

La desesperación se apodera de los espíritus de los hombres cuyos deseos son ilimitados, y que al fin encuentran un límite para su ambición. Alejandro lloró porque no había más reinos que pudiese conquistar. Lo mismo fué con Mahmoud, el Ghiznevide, primer conquistador de la India. Cuando se sintió morir, hizo que ante él se le desplegasen todos sus tesoros de oro y de joyas. Cuando pasó su mirada sobre ellos, lloró como un niño : « ¡Ay! dijo, ¡cuántos peligros, cuántas fatigas de cuerpo y alma, he pasado para adquirir estos tesoros, y cuántos desvelos para conservarlos! » Fué enterrado en su palacio, en el cual se creía después, que vagaba en pena su alma infortunada.

Lo mismo que el infeliz fabricante de Manchester que había acumulado una inmensa fortuna, y que en su lecho de muerte hizo que le llevaran un montón de libras esterlinas, haciéndolas colocar sobre su cobertor. Las miraba y acariciaba con amor, saciando su mirada en ellas, llenando sus manos con ellas, y dejándolas caer como lluvia unas sobre otras, recreando sus oídos con esa música. Cuando murió, no era ciertamente más rico que el mendigo que llamaba á su puerta.

La muerte de Carlos IX, de Francia, fué terrible. Había autorizado la matanza de los hugonotes en la espantosa noche de San Bartolomé, y en sus últimos momentos fué perseguido por sus horrores. « No sé porque, dijo á su médico Ambrosio Paré, pero en estos últimos momentos me siento como con fiebre. Mi cuerpo y mi espíritu están molestos. Á cada instante, ya esté dormido ó despierto, me persiguen visiones de cuerpos asesinados, cubiertos de sangre y de aspecto repugnante á la vista. ¡Oh! quisiera haber perdonado á los inocentes y á los imbéciles! » Falleció dos años después de la matanza, y hasta sus últimos momentos estuvieron pre-

sentes en su espíritu los horrores de la San Bartolomé.

Sydney Smith visitó una vez á Castle Howard, y estuvo parado con sir Samuel Romilly sobre las gradas del pórtico. Dirigió una mirada á la bellísima escena que se extendía á su frente, y después dirigió su vista al mausoleo de familia, que estaba allí. Después de una larga pausa levantó sus brazos y exclamó : « ¡Ah! éstas son cosas que hacen terrible á la muerte! »

Cuando se dijo al cardenal Mazarino que sólo tenía dos meses de vida, se puso á pasear por sus hermosas galerías llenas de exquisitas obras de arte, y exclamó : « Tengo que abandonar todo esto. ¡Cuántos trabajos he tenido para adquirir todas estas cosas! Y, á pesar de ello, no podré volverlas á ver más! » Aproximóse Brienne, y el Cardenal le tomó del brazo diciendo : « Estoy muy débil, no veo. » Y sin embargo, volvía á sus tribulaciones. « ¿Veis, amigo mío, esa hermosa pintura de Corregio, y además esa Venus del Ticiano, y aquel incomparable cuadro de Anibal Carracci? ¡Ah! pobre amigo mío, tengo que abandonar todo eso. ¡Adiós, queridas pinturas mías que tanto he amado, y que tan caras me habéis costado ! »

Pero hay cosas peores que la muerte. No es ésta la peor calamidad que pueda acontecer á un hombre. La muerte nivela pero ennoblece. El amor es más grande que la muerte. El deber cumplido hace que la muerte sea un descanso : la deshonra hace terrible la muerte. « Bendigo al Señor, dijo sir Harry Vane, antes de su ejecución en Tower Hill, por no haber desertado yo de la justa causa por la cual sufro. « Cuando sir Gualterio Raleigh fué colocado sobre el tajo, le dijo el verdugo que se colocara con su cabeza hacia el Este. « No importa de qué manera esté la cabeza, contestó, con tal que el corazón se halle en su puesto. »

Estando agonizando un gran mariscal, le hablaron sobre sus victorias los que le rodeaban, y del número de banderas

que había capturado al enemigo. « ¡Ah! dijo el viejo guerrero, de cuán poco sirven todas las acciones que llamáis gloriosas! » todas ellas no valen lo que una sola copa de agua fresca dada por el amor de Dios. »

Sir Juan Moore fué derribado en los campos de la Coruña, y el médico llegó para auxiliarle. « ¡No, no! dijo, no me podéis prestar sercirio alguno; id á los soldados, á quienes podéis ser útil. » Las últimas palabras que dijo Nelson fueron: « ¡Gracias á Dios, he cumplido con mi deber, he cumplido con mi deber! » « Mi querido hijo, dijo sir Walter Scott en su lecho de muerte á su yerno, sé un hombre de bien, sé virtuoso, sé religioso, sé un hombre de bien. Ninguna otra cosa te podrá consolar cuando te halles donde yo estoy. » « ¡Vivid bien! » dijo moribundo Samuel Johnson.

Kant murió de ochenta años de edad. Conservó sus facultades casi hasta el fin. Durante su enfermedad habló mucho sobre su próximo fin. « No temo á la muerte, dijo, pues sé cómo morir. Os aseguro que si yo supiese que ésta había de ser mi última noche, levantaría mis manos y diría: « ¡Alabado sea el Señor! » No fuera lo mismo si alguna vez hubiera causado la desdicha de alguno de mis semejantes. »

Kant dijo una vez: « Quitadle al hombre la esperanza y el sueño, y lo haréis el ser más desventurado de la tierra. Sentimos entonces que la abrumadora carga de la vida es más de lo que nuestra débil naturaleza puede soportar, y lo único que nos alienta para ascender la penosa subida de Pisgah, es la gran esperanza de contemplar la tierra prometida. »

Sólo tenemos un camino para entrar en la vida y mil caminos para salir de ella. El nacimiento y la muerte no son sino el engarce de la vida en sí mismo. Dios nos da nuestro ser, y nos confía la custodia de las llaves de la vida. Podemos obrar, trabajar, y amar á nuestros semejantes, y cumplir con nuestros deberes para con ellos. « El medio de juzgar de la religión, dice Jeremías Taylor, es cumpliendo con nuestro deber. La religión es una vida divina más bien que un conocimiento divino. Es el cielo de la verdad, debemos ver pri-

mero y amar después; pero aquí en la tierra, debemos amar primero, y el amor abrirá nuestros ojos lo mismo que nuestros corazones, y entonces veremos, y percibiremos, y entenderemos. »

Si queremos mirar de frente á lo futuro, debemos seguir obrando valerosamente de día en día. La firme esperanza en una existencia después de la muerte, en que las lágrimas serán secadas de todos los ojos, es lo que hace que podamos vivir á través de las penas y dificultades de esta vida. La verdadera riqueza futura de un hombre es el bien que hace á sus semejantes en este mundo. Cuando él muera preguntarán los hombres: « ¿Qué ha dejado? » Pero los ángeles que lo hayan de examinar, le preguntarán: « ¿Qué buenas acciones has enviado delante de ti? »

Para todas las cosas que existen bajo el sol hay un fin: la última línea de un libro, el último sermón, el último discurso, el último acto de una vida, la última palabra al morir. « Libra á mi alma de su prisión, para que yo pueda dar gracias á tu nombre, » fueron las últimas palabras de san Francisco de Asís. *Hic jacet* es el epitafio universal. Entonces serán revelados por fin los secretos de todos los corazones, en el último día.

Even such is Time, which takes in trust
Our Youth, our joys, and all we have.
And pays us nought but Age and Durst,
When in the dark and silent grave,
When we have wandered all our ways,
Shuts up the story of ours days;
And from which grave and earth and dust.
The Lord shall raise me up, I trust ¹.

1. Tiempo es también aquel que toma á su cuidado nuestra juventud, nuestras alegrías, y todo lo que tenemos, y no nos paga sino con edad y polvo cuando encierra en el sepulcro obscuro y silencioso, después que hemos recorrido todas nuestras sendas, la historia de nuestros días; y de cuyo sepulcro y tierra y polvo, yo sé que me levantará el Señor.